

Nº 953

Los Pilares de la Sociedad

Hace justo medio siglo —en septiembre de 1947— Sergio Vodanovic estrenó "El príncipe azul" en el Teatro Municipal, obra de una sola función y hoy día olvidada, aunque fue la primera piedra de una dramaturgia que a finales de los años 50 se volvería particularmente significativa en el panorama del teatro chileno.

Para Vodanovic, su auténtico acto inaugural como autor fue unos años después de 1947. Así lo recordó en un testimonio: "Una noche de diciembre de 1952 consumí una cajetilla de cigarrillos en un estrecho y sofocante pasadizo. Me encontraba entre los camarines y el escenario de teatro Petit Rex y, desde mi escondite, alcanzaba a escuchar a los actores haciendo parlamentos... A pesar de mi nerviosismo, tenía la extraña sensación de que todo lo que sucedía me era ajeno, que mi actitud era y tenía que ser pasiva mientras otros tomaban la responsabilidad del momento. No obstante, en ese instante se representaba por primera vez «El senador no es honorable», obra dramática que yo firmaba y donde jugaba, sin que pudiera evitarlo, mi destino".

Miembro ineludible de la llamada Generación Teatral del 50, Sergio Vodanovic (1926) es quien con mayor vigor asume uno de los temas característicos a este grupo: la crítica a los valores heredados y a las ideologías que sustentan las clases, las familias o las instituciones sociales. Se trata comúnmente de un teatro realista e ibseniano que opone al individuo —portador de ideales y de anhelos— frente a una institucionalidad avasalladora. Es decir, el conflicto se establece entre las convicciones individuales —que son el reflejo de la aspiración social, muchas veces moralizante— y la superestructura de la sociedad.

Pero, simultáneamente, los conflictos a que están sometidos sus personajes no quedan encerrados en las individualidades más inmediatas, sino que son reflejo de problemas que atañen a toda la comunidad: estas obras se interrogan, ponen en tela de juicio las bases del funcionamiento social, las instituciones, la política, el aparato público, el desempeño de los funcionarios gubernamentales y los conceptos sobre los cuales se afirma una nación.

La pérdida de los ideales

En "El senador no es honorable", sólo el título ya es clarificador de la obra. Aquí, un joven abogado debe reemplazar a su padre en la carrera política al momento de fallecer aquél. Al poco tiempo, el protagonista descubre que su padre no era ese hombre intachable y limpio que el resto suponía, sino alguien que utilizaba su cargo para actividades inescrupulosas.



Los conflictos que atañen a los personajes de Vodanovic son el reflejo de problemas que atañen a toda la comunidad: estas obras se interrogan, ponen en tela de juicio las bases del funcionamiento social, las instituciones, la política, el aparato público, etc. Escena de "Nos tomamos la Universidad", basada en la toma de la U. Católica, en 1967.

Este mes se cumplieron 50 años de dramaturgia de Sergio Vodanovic, representante de una generación teatral que criticó ásperamente la pérdida de ideales colectivos y enjuició las bases de las instituciones nacionales.

Por Juan Andrés Piña

El conflicto del hijo —suceder a su padre en la vida política y también en los dudosos negocios— es más o menos típico a los personajes de Vodanovic: actuar por el bien de la sociedad, o aprovechar su posición para el lucro y la satisfacción personal.

"Deja que los perros ladren" —estrenada en 1959 y una de las obras chilenas más exitosas del período— es el paradigma de esta tendencia y marca una profundización de la anterior. En ella, Esteban, jefe del Departamento de Salubridad de un ministerio, ha actuado siempre conforme a sus convicciones y a lo que su conciencia le dictaba, sin ocupar jamás su puesto para beneficio privado. Pero en un momento su amigo, el ministro, le obliga a firmar un decreto que supone la clausura inmediata de un periódico opositor. Si no lo hace, sobre Esteban pesa la amenaza de quedar cesante.

Accede entonces el protagonista a dicho cierre y a partir de allí se enreda en una red de negociados, arreglos y componendas, y donde el ministro es un hábil jugador. Así, el protagonista conoce la verdadera cara que se oculta tras la fachada, los auténticos "pilares de la sociedad", al decir de Ibsen. En fin, una sociedad descompuesta ha traicionado los ideales de Derecho, Ley y Moralidad sobre los que fue fundada.

"Deja que los perros ladren" cimentó su éxito apelando a una situación nacional que el autor

miró con ojos críticos: la pérdida de los ideales de una generación intelectual que hacia 1940 conquistó el poder a través del Frente Popular. Ellos, los jóvenes de entonces, propusieron y llevaron a cabo una modernización nacional basada en lo que se llamó el Estado de Compromiso, donde Chile logró un desarrollo económico y social gracias al apoyo estatal. En su desenlace, la obra es un llamado precisamente a rescatar aquel ideal.

Igual reflexión se advierte en "Nos tomamos la universidad", basada en un suceso auténtico ocurrido en 1967, cuando un grupo de estudiantes de la Universidad Católica se apoderó de su sede central, con el objeto de presionar a las autoridades académicas para que se efectuara la tan anhelada reforma. Aunque tales renovaciones efectivamente se realizaron, la mirada de Vodanovic es desencantada: cuando los estudiantes han triunfado en su movimiento el grupo organizador se une a la mediocridad que aún sigue en el poder, consigue cargos académicos y renuncia blandamente a los principios por los que ayer lidiaban, traicionando a los jóvenes que en la base lucharon por los cambios.

Un personaje clave de la obra es Arnaldo, estudiante ya mayor. Con él, Vodanovic representa las progresivas "traiciones históricas" de los gobiernos chilenos desde 1940 en adelante. El

padre de Arnaldo fue un luchador del Frente Popular, aunque el hijo sabe que lo hizo para conseguir un cargo en el gobierno, y sus esperanzas se frustraron a lo largo de los años. Incluso, Arnaldo vio llegar a la Democracia Cristiana al poder en 1964, y al poco tiempo se desencantó.

En este sentido, la visión del autor es que cuando se impone una tesis, cuando un movimiento gana sus propuestas, este triunfo llevará aparejada, necesariamente, la corrupción y la

hicieron por sus propios intereses e incluso las mujeres entraron en flagrantes relaciones con algunos oficiales enemigos.

El asunto de desvestirse en "Perdón... ¡estamos en guerra!" —las mujeres "patrióticas" van dejando sus prendas despreocupadamente en el escenario creado para los enemigos— no es casual. Método teatral o tema dramático, éste es una clave para entender la obra de Vodanovic: casi siempre la desnudez que va surgiendo está asociada a otra, una especie de "desnudez del

La visión del autor es que cuando se impone una tesis, cuando un movimiento gana sus propuestas, este triunfo llevará aparejada la corrupción y la deslealtad al ideal que los inspiró.

deslealtad al ideal que los inspiró. De ahí que en estas obras las luchas de los protagonistas sean individuales, personajes prácticamente solitarios que se marginan y cuyo mensaje queda vibrando en el aire, como una acusación al colectivo que se acomodó a las formas de uso.

Desnudez del espíritu

"Perdón... ¡estamos en guerra!" (1966) es otro ejemplo claro de esta línea teatral, obra atravesada por un tono humorístico y de comedia. La acción cuenta la historia de un pueblo ocupado por los invasores en tiempos de guerra. Entre ellos sólo hay viejos y mujeres, los que viven angustiados sin comida ni bebida. Deciden entonces montar un cabaret a través del cual obtendrán información del enemigo y adquirirán provisiones, que son el importe por asistir a las funciones. La idea nace como un ideal patriótico para ayudar a los aliados, pero a medida que la acción avanza su objetivo se desvirtúa y refleja las verdaderas intenciones de los protagonistas.

De esta manera, las mujeres, al principio reticentes para desvestirse en público, después se pelean entre ellas por hacerlo. Su inicial pudor y moralidad se convierte en vanidad. Entre los personajes hay dos marginados, Daniel y Elba. Ella no quiso desnudarse frente a las tropas enemigas y él se negó a asistir a las funciones, por encontrarlas denigrantes. Por lo mismo, ambos son acusados de traición al no apoyar a las fuerzas patrióticas y son sometidos al duro dictamen de un tribunal. La injusticia es evidente: los "leales" que organizaron el cabaret sólo lo

espíritu" o quedar en evidencia, metáfora de ese revelar lo que ocultan las apariencias.

Ello es claro en la trilogía formada por "Viña" (subtitulada "Tres obras en traje de baño", nada menos): "El delantal blanco", "La gente como nosotros" y "Las exiliadas" (1964). En la primera, una mujer de clase alta humilla a su empleada doméstica con quien va a la playa, ofreciéndole cambiar su elegante traje de baño por el tosco delantal de la muchacha. La tesis de la señora es que el trueque en nada afectará la apariencia, pero ocurre lo contrario. Más allá de la anécdota de comedia que rodea la situación, la obra critica a una clase social fundada sobre sus atavíos exteriores.

Desnudamiento también hay en "Gente como nosotros", que hace convivir a dos parejas, producto de un percance caminero: el matrimonio de clase social alta y dos muchachos modestos. Simbólicamente la joven es striptisera, con lo que se refuerza esta atmósfera de quedar al desnudo ante los ojos del otro. "Las exiliadas", en fin, es la obra más compleja de la trilogía, cuya estética está liberada del excesivo realismo que preside a las anteriores. En ella, una anciana aristócrata en silla de ruedas y su hija toman el sol en un rincón de la playa, donde han sido confinadas por las nuevas generaciones de clase media. También se trata de personajes prisioneros de una rígida formalidad y ausencia de vida.

Develación de un mundo sobre el cual debe surgir otro —aunque haya que esperar y los cambios sean abatidos por sucesivas corrupciones—, es el tema que parece atravesar las obras de Sergio Vodanovic, aún vigentes después de todos estos años.

▲